

ALGUNOS ELEMENTOS PARA UNA HISTORIA COMPARADA DE LA VIOLENCIA POLÍTICA ENTRE COLOMBIA Y ESPAÑA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

ROBERTO SANCHO LARRAÑAGA¹

Este artículo es parte de la investigación realizada por el autor a raíz de la obtención de una beca en la Universidad Industrial de Santander (Colombia), para cursar la Maestría Internacional en Historia, titulada <<Naciones, regiones y fronteras>>. La especificidad de la Maestría, radica en su énfasis en la «dimensión regional», en su perspectiva comparativa y en el estudio de la Historia como premisa de comprensión del pasado y del presente. Respondiendo a estas inquietudes, nos hemos acercado al análisis de la «violencia política» en dos contextos regionales concretos como son País Vasco -Euskadi- en España y Santander en Colombia. Este esfuerzo puede permitir, en principio, un mejor conocimiento mutuo de las respectivas problemáticas sociales y políticas, vividas por estas distintas sociedades.

El intento de darle una perspectiva histórica al fenómeno de la violencia política armada y del terrorismo, la búsqueda de sus raíces o causas históricas, así como su posterior evolución, surge de la constatación de que muchos de los análisis que se realizan sobre el tema, rehuyen o descartan esas causas históricas y presentan los acontecimientos como si fuesen elementos surgidos por «generación espontánea», lo que dificulta al público la comprensión del fenómeno. Nosotros creemos que una mejor comprensión histórica del fenómeno de la violencia política, indudablemente tiene que ayudar a un mejor planteamiento de la realidad del problema y permitir una acertada solución. Como afirma la antropóloga colombiana María Victoria Uribe: «Comprender la violencia como condición previa para conseguir la paz...»². Y es que, en este caso más que en ninguno, de lo que se trata es de

¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza (España).

² Así comienza su libro María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar*, Cinep, Bogotá, 1990, p. 11.

“conocer para comprender”, dado que la losa, los tabúes que levantan estos temas hacen muy difícil su conocimiento y, por ende, su comprensión; en definitiva, su solución como problema social y es aquí donde los científicos sociales tenemos una enorme responsabilidad. Porque como afirma M. Unzueta: «Cada día se afianza en mí la convicción de que nos encontramos ante un evidente deseo de eludir la definición de la naturaleza de la violencia (...) Sólo después de una correcta definición de las causas, de las situaciones, puede obtenerse un análisis certero. Sólo después de este análisis certero pueden proponerse soluciones, medidas que enderecen situaciones no deseadas»³.

El estudio de la Historia es un viaje de dos direcciones, del presente al pasado y del pasado al presente, la Historia tiene que servir para corregir situaciones, tiene que tener una utilidad social; en nuestro caso concreto, tiene que servir para prevenir futuros conflictos armados. Esta prevención involucra un conocimiento previo profundo de las causas de los conflictos bélicos. El estudio de estas causas determinantes en los contextos donde esa violencia se ha presentado puede ayudarnos a identificar las zonas “en riesgo” en un futuro, y a establecer las políticas para su resolución. Entender las raíces de los conflictos es necesario para impedir que se transformen en conflictos armados. Tras la averiguación del porqué de los conflictos es necesario desarrollar toda una teoría que contenga los pasos que hay que dar antes, durante y después de los conflictos. Sin embargo, tanto para prevenirlos antes de su agravación, como para controlarlos y limitarlos en su evolución, así como para la posterior recuperación de las sociedades que han sufrido sus efectos, un conocimiento cabal de las causas que confluyen en aquéllos es el paso inicial para su resolución.

Con esta motivación de la búsqueda de la paz de fondo, nos acercamos en este artículo a la comprensión de algunos elementos que explican las causas del surgimiento y consolidación de proyectos políticos que defienden la vía armada de acceso al poder en Colombia y España en la segunda mitad de este siglo. Son los factores que en otros tiempos, en las ciencias sociales, se conocían como “las causas subjetivas”; aquellos ligados a “las cosas de la mente”, esos que no se pueden cuantificar con números ni representar en gráficas, pero que son capaces de “mover montañas”.

³ M. Unzueta, <<Claves para comprender una situación>>, en F. Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1984, pp. 24-25.

“Cambia tu voto por un fusil”: oposición política al frente nacional y la decisión de “irse al monte”

La estrechez del régimen político colombiano durante el Frente Nacional fue fundamental en el desbordamiento del marco político, derivando éste hacia caminos de violencia armada; esto no era nada novedoso, ya que este hecho había sido una constante en la historia política de Colombia. Pero este factor no es suficiente en la explicación de la extrema radicalización de las posturas políticas enfrentadas en los años sesenta. Esa izquierda que se desarrollaba por fuera del sistema político fue, también, responsable de esta radicalización. Existió una “autoexclusión” de amplios sectores de la izquierda colombiana, que abogaban más por la “revolución” que por las posturas que se pudiesen encauzar por el sistema político vigente, rechazadas éstas con el término peyorativo de “reformista”; fue una constante el desprecio por esa “democracia burguesa”. En estos años lo decisivo era el “medio” para conseguir la revolución social y ese medio era la lucha armada contra esa “sociedad capitalista” y sus guardianes: la “oligarquía nacional y su sistema político excluyente del Frente Nacional”; en esta concepción pesaban mucho los imaginarios sociales derivados de la absorción en la izquierda colombiana de otras experiencias revolucionarias. La tarea esencial de los militantes de izquierda era “hacer la revolución”, y hacerla ya, directamente; sin distraerse en luchas políticas dentro de los partidos tradicionales. El debate era el “medio” para llegar al poder, los instrumentos de esa toma de poder, y esos medios, era la lucha armada, recogiendo todos los imaginarios y tradiciones de lucha de las guerrillas liberales de los años 50 y de otros movimientos sociales de protesta. Este debate se derivaba de la discusión sobre las condiciones para la realización de la revolución socialista y la polémica sobre si existió o no una revolución burguesa en el país.

Esta discusión que se dio en la mayoría de los países con presencia de partidos comunistas o socialistas, suponía que las opciones eran: desarrollar las fases que faltasen de la revolución burguesa o la lucha directa por la revolución socialista. En América Latina la opción estaba condicionada por el éxito reciente de los “barbudos” en Cuba. La solución, dado el contexto internacional y nacional, fue que lo importante era coger el fusil e ir al monte para conseguir las condiciones para la toma del poder por medio de las armas, más que la búsqueda de opciones políticas. Es lo que posteriormente

se denominará como “**desviación foquista**” de la izquierda y que supuso una pronta “**militarización**” de las posturas de izquierda. Esto no significa que no existieran dentro de la izquierda colombiana posturas que abogasen por la política y el trabajo de masas, pero eran superadas por esos planteamientos militaristas. Dentro de estas posturas los que abogaban por la teoría, por la ideológica,... eran satanizados, acusados de intelectuales academicistas,... Jaime Arenas reflexionando sobre la supremacía de lo militar sobre lo político en el ELN, dice:

“La concepción “biológica” de la lucha ha llevado al ELN a una supremacía de lo militar sobre lo político. De ahí que el empeño fundamental reside en la preparación física y no en la formación política que es vista con real menosprecio. Ni el estudio ni la lectura se fomentan entre los miembros de la guerrilla, ni se da amplia facilidad a los cuadros políticamente más capaces para elevar el nivel político del resto. (...) Con el criterio de que el estudio es una concepción “academista” y un prejuicio “pequeñoburgués” se ridiculizan los intentos de elevar el nivel político. Campesinos hubo en la guerrilla que se negaban a estudiar con el ridículo argumento de que para hacer una emboscada o prestar servicio de centinela no era necesario leer a Marx o Lenin. Y ello con el aplauso del dirigente máximo. Ese sofisma no es otra cosa que el resultado de una apreciación militarista de la guerra revolucionaria o de la lucha en general”⁴.

Existe una “absolutización de la violencia”, que inunda la concepción de la sociedad y de la utopía revolucionaria. La violencia termina por ser un fin y no asumida como un medio. Ella es la que debe articular la sociedad y el movimiento revolucionario hasta la victoria final de la revolución socialista y la construcción de un nuevo régimen.

La revisión que realizaba la “nueva izquierda colombiana” sobre las condiciones sociales en Colombia para la realización de la revolución socialista, no estaba basada en una reflexión profunda sobre la sociedad colombiana, sino era una extrapolación de otras experiencias latinoamericanas

⁴ J. Arena, *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN colombiano*, Tercer Mundo, Bogotá, 1971, pp. 138-142. Los subrayados son nuestros.

a Colombia, intentando “acomodar” esas experiencias a la realidad colombiana. Esto significaba que el centro de la lucha era el campo, como había demostrado el Che, pero no por razones ideológicas o teóricas, sino por motivos estratégicos. Las condiciones del campo colombiano eran las adecuadas para instaurar los focos guerrilleros, por las condiciones orográficas, la tradición de lucha del campesinado colombiano o por ser estos más proclives al discurso socialista. El resultado era que se buscaba más la opción militar que la opción política que hubiese supuesto una mayor presencia en el mundo urbano. Estas posturas reflejaban el carácter de vanguardia de la elite revolucionaria y la instrumentalización realizada del campesinado en la búsqueda de la revolución socialista, siguiendo en muchos casos concepciones meramente leninistas sobre el tema.

La conclusión era clara, lo necesario era hacer la revolución y dejarse de “pendejadas” políticas, de ahí el constante desprecio de las elecciones, de los espacios públicos políticos,... Esta tradición será una constante en la historia de estas organizaciones, difícil de corregir. En los años sesenta, estas concepciones vanguardistas marcadas por el foquismo de las organizaciones hizo renunciar a la izquierda a amplios espacios públicos en el mundo rural y urbano, y separó a estas organizaciones armadas de sectores sociales que luchaban también contra el régimen, como los sindicatos, las asociaciones de usuarios campesinos o las luchas de los indígenas,... Estas organizaciones desde su postura foquista abogaron por una marginación política derivada de la búsqueda de clandestinidad y seguridad para el proyecto armado. Su opción era la lucha armada como principal forma de lucha contra el régimen, sin descartar otros “medios” de tipo político, social o cultural; pero siempre éstos estaban supeditados a la meta estratégica, que era la toma de poder por la vía armada. Esto supuso que las organizaciones sociales influenciadas por estas organizaciones armadas estaban supeditadas a las necesidades de la organización armada, siendo una instrumentalización de esta última, lo que fue motivo de constantes tensiones entre los dirigentes de las organizaciones armadas y los sectores sociales influenciados por ellos. Las reivindicaciones sociales de estos sectores de la población eran guiadas hacia la confrontación directa contra el Estado, lo que dificultaba su resolución.

Esta orquestación de los movimientos sociales influenciados por los grupos armados fue aprovechada por estos para presionar al Estado y fueron cantera de futuros militantes de la guerrilla, lo que terminó estrangulando a

estos movimientos sociales y limitando su desarrollo. Existió una instrumentalización de la política, de las ideologías importadas de otras experiencias revolucionarias, del concepto de democracia y de las organizaciones sociales sobre las que tuvieron influencia, porque eran vistas como “mecanismos” dentro de la legalidad que podían servir para preparar cuadros o militantes, así como medio para transmitir la ideología política de la organización. En el caso de ETA esta instrumentalización de organizaciones sociales –ecologistas, sindicatos, asociaciones de barrio,...- ha sido una de las claves de su política de defensa de las “causas nobles”; con los ejemplos de atentados contra las instalaciones de la central nuclear de Lemóniz hasta que consiguieron paralizarla, los atentados contra la autovía Pamplona-San Sebastián, las acciones contra el embalse de Itoiz,...

El debate entre los medios y los fines de la lucha revolucionaria ha sido uno de los puntos clave, también, en la historia de la organización armada ETA y ha servido como argumentación teórica de sus acciones armadas:

“La finalidad general de destruir el aparato del estado español en Euskadi solo puede ser realizada por fuerzas armadas. Esto es obvio. Por lo tanto, al hablar de lucha revolucionaria, no lo hacemos en un sentido metafórico como cuando se dice –lucha aleatoria, por ejemplo- sino en todo el sentido de la palabra. Y no es que no existan actividades revolucionarias sin derramamiento de sangre o que no entrañen la utilización del armamento. Pero hasta la más fútil de estas actividades e incluso la más pacífica en apariencia, en cuanto es revolucionaria, se caracteriza porque la finalidad general a que va destinada es la destrucción violenta del estado opresor en Euskadi. Por consiguiente, los medios más importantes a desarrollar en la actividad revolucionaria son las fuerzas armadas de liberación nacional.

*(...) Indudablemente son dos tipos de problemas distintos, aunque ambos igualmente importantes. Los del primer grupo enfocan la confrontación como un medio orientado a alcanzar la finalidad **general de la lucha revolucionaria**. Los del segundo grupo, en cambio, tratan la confrontación como un **FIN** que hay que alcanzar, mediante la utilización correcta de los **MEDIOS** de que disponemos. De los primeros trata la **TÁCTICA**; de los segundos trata la **ESTRATEGIA**.*

Es decir, la táctica estudia cómo utilizar nuestros efectivos humanos materiales para llevar a cabo con éxito una confrontación con el enemigo. La estrategia estudia utilizar las distintas confrontaciones para alcanzar el triunfo revolucionario. En un caso, los medios son militares y colaboradores con los medios materiales disponibles; y el fin es el éxito en la confrontación. En el otro, los medios son las confrontaciones y el fin es el triunfo de la REVOLUCION VASCA⁵.

La idea de revolución se basaba en el contenido y se subordinaba al medio para alcanzar el objetivo de la toma del poder, lo cual supuso la magnificación del medio, de la lucha armada. Esto llevó a subordinar el problema del contenido de la revolución y a un proceso general de despolitización del movimiento guerrillero. Lo verdaderamente revolucionario era tomar el fusil e irse al monte. Un ejemplo de este proceso lo apreciamos en el ELN donde muchos cuadros con larga experiencia en el trabajo de masas y en la movilización social son descartados, arrinconados ante su poca pericia en el uso de armas o en la estrategia militar. La discusión ideológica dejó paso al entrenamiento militar y el contacto con las organizaciones sociales fue sustituido por el conocimiento del entorno natural.

La militarización de la izquierda, el privilegio de la vía armada ante la lucha política, tuvo unas consecuencias muy importantes en la **“cultura política de la izquierda colombiana” y del resto de los países:**

Esta militarización fue la causa directa del aumento del **autoritarismo** dentro de las organizaciones políticas o armadas, de las luchas dramáticas entre sectores de la guerrilla ligados al campesinado y compañeros ligados a posturas más intelectuales o urbanas, de los fusilamientos internos dentro de las organizaciones, del culto a la fuerza, las invocaciones a valores propios de la guerra ligados claramente a posturas machistas,... La característica de la izquierda revolucionaria de este periodo es la exclusión de todo lo que se contraponga al dogma de la organización. El sectarismo y la intolerancia es el sello de la izquierda revolucionaria hacia su interior, negando la heterogeneidad de ideas y descalificando las diferencias, llegando las disputas doctrinarias a finalizar en el asesinato del rival. Manrique lo ha

⁵ ETA, *Hacia una estrategia revolucionaria vasca*, Editions <<Hordago>>, Hendaye, 1976, pp. 200 y 242.

estudiado para el caso de Sendero Luminoso en Perú donde el autoritarismo: “Es evidente su presencia en el proyecto senderista; tras su línea, los métodos empleados utilizados para imponerla; está de por medio la apuesta de que es posible someter por el terror a la mayoría de la población, e imponer verticalmente un proyecto (...); que se supone infalible por ser la aplicación de “las verdades universales del marxismo” por un partido que, autoproclamándose la vanguardia del proletariado, tiene aparentemente garantizada la infalibilidad”⁶.

La estrategia organizativa que primó en estas organizaciones fue el **centralismo democrático**, que no era otra cosa que una estrecha organización vertical que dejaba muy poco margen a posturas críticas dentro de las formaciones. Esta práctica respondía a una constante en estos años: la desconfianza de los dirigentes frente a sus bases sociales y a su posible autonomía, de aquí se desprendía la necesidad de “orientar” a esos sectores sociales —campesinos, obreros, estudiantes,...-. La democracia interna es reemplazada por la dictadura del proletariado. Lo que podemos definir como visión leninista de la lucha social y su consecuencia inmediata: el vanguardismo.

En el caso de la organización armada ETA, la concepción aportada por <<Argala>> del grupo como “último reducto” explica muchas de las características organizativas como son: “... la centralización, la jerarquización, la falta de democracia interna y la reducida participación de la base en la toma de decisiones, todo ello asumido por la militancia etarra como una consecuencia obligada de la condición clandestina de sus actividades...”⁷. El centralismo democrático fue aprobado en la VI Asamblea de ETA en 1973, lo que supuso, poco a poco, el abandono de los mecanismos de participación de la base que habían existido hasta ese momento; principalmente, las asambleas generales o Biltzar Nagusia, verdadero foro de discusión ideológica y donde se trazaban las líneas políticas a seguir por la organización. Así en el número de diciembre de 1979 de la revista *Zutabe*, la organización se disculpaba ante sus militantes de la falta de democracia interna: “ETA, por su carácter de estructura armada clandestina, dispone de múltiples limitaciones a la hora de propiciar una participación de la militancia

⁶ N. Manrique, <<La década de la violencia>>, en H. Bonilla, *Perú en el fin del milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, p. 87.

⁷ Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, Universidad País Vasco, Bilbao, 1998, p. 82.

(...) no hay contradicción en que defendamos el principio asambleario y autoorganizativo en ciertas instancias obreras y populares y, sin embargo, ETA adopte una estructura jerarquizada y regida por el principio del centralismo democrático⁸. Parecidas argumentaciones encontramos en otras organizaciones como en el EPL, como afirma un comandante: “No se trataba de crear un partido pluralista que agrupara todas las fuerzas existentes, sino de un partido que jalonara el proceso revolucionario, al cual fueran llegando por convicción los cuadros y militantes de otras organizaciones”⁹. O sea que de discusión nada, lo que importa es la acción y acatar las decisiones tomadas por las direcciones de las organizaciones.

Para acallar posibles cuestionamientos a esta postura en ETA, se dio la posibilidad a los militantes de expresar sus opiniones a través de lo que se conoce como “aportaciones”; instrumento cargado de simbolismo para convencer a la base de las posibilidades de participar en la organización pero vacío de verdadera participación efectiva. Un ejemplo temprano fue cuando en 1979 la organización, su Biltzar Ttipia o Comité Central decide que HB –Herri Batasuna o Unidad Popular en castellano, partido político ligado a ETA- participe en las elecciones pero no intervenga en el parlamento vasco y, tras el acuerdo, pide a la militancia que se exprese a través de sus aportaciones por escrito.

Esta estructura organizativa piramidal tiene sus peligros como se comprobó con la detención en 1992 de la cúpula de ETA en Francia, la concentración de poder dentro de la organización en muy pocas manos, en lo que algunos autores han denominado “oligarquía terrorista” puede llevar a que su “descabezamiento” suponga una grave crisis para la organización, su desaparición como sucedió en Perú con el movimiento Sendero Luminoso, o el vacío de poder por un tiempo prolongado. Esta estructura piramidal, con el vértice ocupado por la organización armada ETA, se completa con la base denominada MLNV –Movimiento de Liberación Nacional Vasco- compuesto por distintos organismos, plataformas sociales, sindicatos, asociaciones,... Encima de este eslabón se encuentra la coalición electoral Herri Batasuna –Unidad Popular-. Debajo de ETA se sitúa la plataforma ideológica KAS –Koordinadora Abertzale Socialista-, verdadero canal de transmisión de los dictados de la organización armada. Los canales de

⁸ *Ibidem*, p. 85.

⁹ Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*. Vosa: Madrid, 1996, p.40

transmisión de órdenes y de participación son muy claros, como constata José Manuel Mata: “En lo que se refiere a los parámetros internos de organización, hay que señalar que la formalización de los canales de participación, toma de decisiones, comunicación y control, es mínima -...- y esto permite la preeminencia y dirección –más o menos explícita- del movimiento a través de la dinámica de ETA y las directrices generadas en KAS con la participación decisoria de aquella”. Pero ¿por qué esta capacidad “dictatorial” de las consignas de ETA?:

“-Por el capital simbólico acumulado, por el carisma que contiene, la adhesión afectiva y la base de legitimidad que se proyecta.

-Por su carácter armado, secreto y autónomo, sin ningún control externo; con lo que implican de mitificación y connotaciones sacrales.

-Por la definición explícita de vanguardia que de ella se realiza en los documentos del MLNV.

-Por su capacidad de coacción, que se deduce de la posibilidad legítima –para el colectivo- de la utilización de la fuerza (algo así como un poder estatal alternativo y latente).

-Por la capacidad de extender sus propuestas y ejercer su control en KAS; que es el órgano que las genera y que, posteriormente, son asumidas a través de la doble militancia y de los miembros fijos de KAS en la Mesa Nacional de HB”¹⁰.

La adopción del procedimiento organizativo interno conocido como “centralismo democrático” refuerza el poder de un reducido núcleo de dirigentes de la organización armada, que deciden con quien comparten las responsabilidades de dirección y limitan el acceso a la cabeza del grupo armado de aquellos no identificados con sus planteamientos, sean estos políticos, militares,... Lo asombroso es que esta situación donde un reducido núcleo dirigente controla los resortes de poder dentro de la organización, es asumida por la base como algo “natural”, obligado por las circunstancias de funcionamiento clandestino. Esta idea y la falta de contactos horizontales

¹⁰ José Manuel Mata López, *El Nacionalismo Vasco Radical. Discurso, organización y expresiones*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, pp. 342-343. Los subrayados son nuestros.

con otros miembros hace muy difícil el cuestionamiento colectivo, reduciéndose este al ámbito individual lo que impide los intentos de cambiar la dirección, la política,... de la organización; de aquí, su aparente estabilidad interna.

La concepción de vanguardia fue otra constante en el desarrollo de estas organizaciones. Cada cédula, foco o militante de una organización se creía el portador privilegiado de la “antorcha” revolucionaria, sería él o ellos, los que encendieran la revolución en Colombia. Sólo esta postura leninista explica las terribles luchas entre distintas organizaciones de izquierda que por sus posturas ideológicas parecerían cercanas. El militante de otro grupo era tachado cuando menos de traidor, este vanguardismo explicaría también la existencia de innumerables organizaciones de izquierda durante los años sesenta y principios de los setenta. El vanguardismo sería también el encargado de crear una serie de “subculturas” propias de cada organización y que marcará todo el imaginario de los militantes. El planteamiento central del ELN como concepción político-militar es: “la lucha armada en la forma de las guerrillas, dentro de la concepción de guerra prolongada, la única vía para la liberación del pueblo. La guerrilla es considerada por el ELN, como la “vanguardia combativa del pueblo”, que situada en un lugar determinado de un territorio, dispuesta a desarrollar una serie de acciones bélicas tendientes a alcanzar el único fin estratégico de la guerra: la toma del poder”¹¹. La organización de vanguardia es considerada por el ELN como:

“... la forma superior de organización, en la cual confluyen los individuos procesados en las formas anteriores, los que se distinguen por su alto nivel de conciencia de clase y profesionalismo de su trabajo revolucionario. Al nutrirse de los mejores exponentes de las masas, mantiene una ligazón con ellas, la cual se fortalece al mantenerse a su servicio en la medida que desarrolla un plan sistemático de concienciación a su interior.

El carácter de vanguardia se lo reconocen las masas en la medida en que demuestra capacidad de conducción práctica de todo el movimiento popular y revolucionario.

¹¹ Revista *Insurrección*, p. 20. Tomado de Carlos Medina Gallego, *Elementos para la construcción de una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional, ELN*, Tesis Maestría Universidad Nacional, Bogotá, (Texto inédito), p. 101. Los subrayados son nuestros.

Esto es, que recoja en un solo haz, el conjunto de las diversas experiencias revolucionarias, proyecte el potencial revolucionario del pueblo y tensione al máximo sus propias fuerzas, detrás de los ideales de una nueva sociedad.

Con la convergencia de las diversas organizaciones de vanguardia en un instrumento que estabiliza la conducción conjunta del proceso revolucionario, va tomando cuerpo el Frente de Liberación Nacional”¹².

En el caso de ETA, la organización ha sido definida muchas veces por sus simpatizantes como la “Vanguardia”, con mayúsculas, porque es quien realiza la lucha armada contra el Estado represor. Desde esta concepción KAS sería el “bloque dirigente de la revolución vasca” o el sector más avanzado del “Pueblo Trabajador Vasco” y ETA la vanguardia responsable de la lucha militar. Toda esta concepción ideológico-táctica está basada en la interpretación de la sociedad vasca a través de unas “especiales claves de diferenciación étnica” del pueblo vasco. El concepto de “pueblo vasco” es dotado de una legitimidad y depositario de la soberanía, por encima de la soberanía que puedan tener los habitantes del País Vasco/Euskadi, basada en otros criterios de pertenencia,... Ese nosotros colectivo se construye en función de la capacidad de presión que se tenga en la lucha por la causa de la liberación nacional, según esta ecuación quien más presiona –en este caso ETA- es quien más representa al Pueblo Vasco. Así: “Si la lógica étnica se extrae de su capacidad de presión, desde ella se construye un eje vertical de capacidad de representación y toma de decisiones en forma de pirámide, en la cúspide de la cual se encontraría ETA, en segundo lugar el MLNV y en tercer lugar los verdaderamente vascos. El resto de la colectividad –aunque con distintos niveles de significatividad- se situarían fuera del ámbito de la comunidad y, por lo tanto, deberían atenerse a las propuestas, decisiones y, en general, a la dinámica impuesta por el grupo nacional”¹³. Esta concepción, explícita o implícitamente, permanece en la mentalidad de la organización ETA y en sus seguidores, actualmente.

Las tres características anteriores están bañadas por una **“visión mesiánica”** que inunda cada momento, cada hecho protagonizado por la izquierda en Colombia o en España, en estos años. Mauricio Archila nos

¹² Conclusiones II Congreso UCELN, *Poder popular y nuevo gobierno*, Colombia, 1990, pp. 96-97.

¹³ José Manuel Mata, *El Nacionalismo...*, p. 332.

cuenta que en esta tradición de la izquierda colombiana: "... Subyace una mirada religiosa, y especialmente cristiana del pueblo como "pobre". Se pretende "redimir" ese pueblo al que se mira con conmiseración, como a un inferior. La izquierda es la redentora, bien sea directamente o bien tras el artificio de ser la encarnación del proletariado. Su misión debe ser cumplida con o sin el consentimiento de ese pueblo en cuyo nombre actúa. De ahí se deriva la mentalidad heroica, muy propia también de la tradición cristiana, de sacrificarse por un proyecto social al suplantar a las víctimas que aún no han comprendido la bondad de esa causa. El imaginario heroico tuvo su máximo desarrollo en torno a la lucha armada y a éste contribuyeron sin duda muchos cristianos aunque no fue exclusivo de los mismos —al fin y al cabo vivimos en un continente de fuerte tradición católica que impacta el conjunto social."¹⁴ La lucha revolucionaria era asimilada a una "promesa de redención social", llegando en muchos aspectos, a tener características de "guerra santa": la capacidad de sacrificio de los revolucionarios, su abnegación, la renuncia a una vida cómoda por un mundo de privaciones que depurará al verdadero hombre —y dijo hombre y no mujer, conscientemente—, la representación del martirio por la causa, el sacrificio de la sangre y la elevación al altar de la muerte o al "cielo" de los héroes revolucionarios,... Serán las "virtudes del guerrillero" en que tanto insistía el Che. La búsqueda de herejes es otra de las peculiaridades de esta concepción de la lucha, la diferente forma de pensar es criminalizada y el opositor o el que discrepa es definido como enemigo, la equidistancia se suprime y la vida se concibe como extremos: amigo-enemigo, bueno-malo o vida-muerte. La identificación del enemigo como el "mal", se traduce en la diabolización del Estado y de las fuerzas sociales que lo apoyan, desde los terratenientes o la burguesía hasta las fuerzas de seguridad; todos ellos identificados como opresores del Pueblo, con un Estado opresor y unos cuerpos de seguridad sustentadores de la coerción y contra los que hay que combatir.

Juan Aranzadi describe como los militantes de ETA se consideran a sí mismos como "simples instrumentos de un Sujeto Histórico que les trascendía y les movía, el Pueblo Vasco: generadas por la sociedad, impulsadas por el Pueblo, las acciones violentas de ETA se eximían de toda responsabilidad individual, no necesitaban alegar motivo o justificación alguna ante la conciencia de sus agentes, aparecían como necesarias, como meros

¹⁴ Mauricio Archila, <<¿Utopía armada? Oposición política y movimientos sociales durante el Frente Nacional>>, en *Controversia*, Bogotá, p. 49.

eslabones de una cadena a cuyo movimiento automático resultaba imposible escapar”¹⁵. En este caso, no es la voluntad de Dios la que se cumple, sino el “destino” del Pueblo Vasco, pero los dos están basados en el mismo principio mesiánico y trascendental.

Todo lo que no sea el triunfo final es descartado como despreciable o contrarrevolucionario. El individuo es subordinado no a Dios sino a la clase, como recompensa en el futuro no entrará en el Cielo pero vivirá en una sociedad mejor,... Reflejo todo ello de una sociedad y una cultura inundada de un espíritu y una concepción de la vida católica, después de siglos de adoctrinamiento social; pero un catolicismo maniqueo y dogmático, que lleva, en pocos días, a colgar la sotana en el armario y a empuñar un arma de fuego, un “fierro”. La identificación con estos mensajes es lo que atrajo a muchos católicos a la guerrilla y lo que, a su vez, ayudo a fortalecer este imaginario social del guerrillero; personajes tan destacados como Camilo o el cura aragonés Manuel Pérez,...

En una entrevista de Arturo Alape, un miembro de la Dirección Central reconoce algunas de estas características: “..., entre las más significativas de nuestras desviaciones están el militarismo y el vanguardismo. El militarismo es producto de plantear que el proceso revolucionario solamente tiene salida por medio de la lucha armada como única forma de la lucha de clases; de adoptar una visión excluyente que no recurre a otras formas de lucha. Esto no permite que las masas vayan aprendiendo de su lucha cotidiana. Facilita, en cambio, que solamente los sectores más destacados, las personas más destacadas en la lucha del pueblo tengan acceso y expresión en la organización armada. Además, desarrollándose lo fundamental de esa lucha en el campo, se menosprecia la ciudad”¹⁶. La radicalización de la izquierda colombiana y su rápida militarización permitió que: “al sistema cerrado bipartidista se añadió la incapacidad de la izquierda para disputarle a los partidos tradicionales su hegemonía en la sociedad civil. De esta manera, la voluntad de tomar el poder en última instancia por asalto, en condiciones que mostraron con el tiempo y con las lágrimas su futilidad, le permitió a un bipartidismo en crisis continuar gobernando a sus anchas a pesar de sus debilidades y ausencias. Y en el círculo vicioso de las “represalias/

¹⁵ J. Aranzadi, <<Violencia etarra y etnicidad>>, en Julio Arostegui, *Violencia y política en España*, Marcial Pons, Madrid, 1994, pp. 194-195.

¹⁶ A. Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Planeta, Bogotá, 1985, p. 282.

contrarrepresalias” entre el Estado y la oposición, se fue bloqueando la emergencia de un esquema gobierno-oposición real, es decir, un sistema democrático pluralista, debido a la mutua “criminalización” de los dos polos en conflicto”¹⁷.

El reino de los símbolos, valores, ritos y creencias

Todo proyecto político pretende captar las conciencias de las personas para que estas se unan al objetivo de su lucha con su energía y su compromiso individual, pretende incidir en las fibras emocionales de los individuos y del grupo social y dirigir las pautas de éstos. En el caso de los proyectos revolucionarios se apoyan en una “moral revolucionaria” reflejo de unos imaginarios sociales que se construyen de la confluencia de dimensiones sociales y psíquicas, que conforman un cuerpo teórico-ideológico que organiza los objetivos y principios del grupo —la doctrina— que orienta las normas y valores que asumen los miembros del grupo.

Este “reino” de lo pensable, de los imaginarios sociales es, fundamental, en todas las agrupaciones sociales; pero, especialmente, destacable en el caso de organizaciones armadas. Este mundo simbólico proporciona sentido a la causa por la que se lucha e identifica un “nosotros” frente a un enemigo común, frecuentemente el Estado y las fuerzas de seguridad de éste. Existe con la “construcción” de este reino una clara “voluntad de diferencia”, se busca marcar límites con los “otros”; y son estas fronteras simbólicas las que dan existencia propia a ese “nosotros” diferenciador. Ese “universo simbólico” construido o reconstruido a base de una “tradición simbólica” anterior, se convierte en el “centro orientador”, en la referencia central del colectivo que participa y que se adhiere a él. Estos imaginarios sociales son vitales para los miembros de estos grupos sociales porque se constituyen en los “filtros” desde los que se interpretará la realidad social y será un elemento clave a la hora de analizar la imagen diferencial que este colectivo social posee de sí mismo. Como afirma José Manuel Mata: “Cada agregado social produce una red normativa que dirige los

¹⁷ Eduardo Pizarro, *Las FARC: (1949-1966), de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, Tercer Mundo, Bogotá, 1991, p. 206

comportamientos. Esta red está en consonancia social con un sistema simbólico y de valores que da cuerpo a los entramados de representaciones, los cuales, por una parte, sirven de sustentadores a la identidad particular y diferencial del grupo y, por otra, hacen significativo y coherente el comportamiento de los individuos¹⁸.

En este apartado pretendemos analizar cómo los grupos armados revolucionarios han construido estos “mundos simbólicos” para dar coherencia a su discurso y justificación a sus acciones, y cómo se retroalimenta a sí mismo a través de todo un cosmos de ritos que fortalece la cohesión interna de los militantes. El análisis de los sistemas de creencias y ritos de las organizaciones armadas nos pueden permitir comprobar cómo se construyen las bases de un orden —la lógica de la lucha—, coherente para sus integrantes, sobre el que se cimienta su lucha armada. Un orden basado en una combinación de componentes racionales y valorativos, cargados de gran trascendencia afectiva por su conexión con aspectos de la historia de la población en que se sustenta. Este universo mental orienta al grupo y a sus integrantes, creando pertenencia. El debate teórico pertinente es saber si las representaciones simbólicas del grupo se corresponden con la realidad exterior o si corresponden a estados de conciencia concretos. En el momento de elaboración de todo este acumulado simbólico existen unas condiciones internas, tanto en España como en Colombia, donde el Estado realiza una violencia institucional, física y simbólica que favorece la identificación afectiva con la lucha de las organizaciones armadas. Tanto ELN como ETA estaban

¹⁸ José Manuel Mata López, *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, p. 67. En este mismo libro es interesante consultar el capítulo 3, <<Las expresiones colectivas: la significación ritual del espacio público>>, pp. 67-79. Sobre la fundamentación teórica del apartado se pueden consultar los textos clásicos: E. Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Ed. Akal-universitaria, Madrid, 1982; también C. Geertz, <<Religion as a Cultural system>>, en M. Banton (ed.), *Anthropological Approaches to the study of Religion*, Tavistock, Londres, 1987, pp. 1-46; M. García-Pelayo, *Los mitos políticos*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1981; René Girard, *La violencia y lo sagrado*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1972. Siguiendo desde una perspectiva antropológica para el caso de ETA se pueden consultar: Marianne Heiberg, *La formación de la nación vasca*, Arias Montano, Madrid, 1991; Juan Aranzadi, <<Etnicidad y violencia en el País Vasco>>, en J. Aranzadi, J. Juaristi y P. Unzueta, *Auto de terminación*, El País-Aguilar, Madrid, 1994. Para Colombia destacan los trabajos de la antropóloga María Victoria Uribe, en especial, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, Controversia, Bogotá, 1990. Sobre el tema, también interesante consultar: Ehuð Sprinzak, <<La formación psicopolítica del terrorismo de extrema izquierda en una democracia: el caso de los Weathermen>>, en Walter Reich, *Orígenes del terrorismo*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1994.

en posesión de un enorme “capital simbólico” acumulado a través de su lucha antirrepresiva contra regímenes políticos cerrados y represivos. Pero las realidades políticas y sociales de estos contextos nacionales han cambiado y los grupos revolucionarios han mantenido, en su esencia, su universo simbólico, sus ritos,... Como constata José Manuel Mata: “Los rituales y prácticas de HB son las expresiones por la acción de la creencia en la sacralidad de la *causa* y el medio de crearla y recrearla continuamente, así como un indicador de la necesidad –en este caso con más ardor- de conservar y reafirmar los sentimientos e ideas colectivas que proporcionan al movimiento radical su unidad y personalidad. De esta manera, expresan su mundo y refuerzan sus representaciones de la realidad”¹⁹.

Este trabajo pretende demostrar la dimensión funcional que tienen los rituales y las creencias para estas organizaciones, a través del análisis de las experiencias de estos grupos revolucionarios. La perspectiva seguida es la aportada por el funcionalismo sociológico que como recuerda C. Geertz: “... pone el énfasis en la manera en que las creencias y particularmente los ritos refuerzan los tradicionales vínculos sociales entre los individuos; hace resaltar el modo en que la estructura social de un grupo se ve fortalecida y perpetuada por la simbolización ritual y mítica de los valores sociales subyacentes en que ella descansa...”²⁰.

Las creencias –ideologías en el campo restringido de la política- hacen referencia a los estados mentales, mientras los rituales son modos de acción. Los rituales responden a la perenne necesidad de realimentar las creencias, de proporcionar significado al grupo, de encauzar emociones y de organizar a los miembros. Por lo tanto, las creencias favorecen los rituales, y éstos incrementan esa ideología; un círculo cerrado donde el universo simbólico se autoalimenta o autoreproduce. Estas funciones se dan en las distintas configuraciones imaginarias de una sociedad, pero en nuestro contexto de análisis cobran una intensidad e importancia inusual porque los ritos se convierten en el ejercicio esencial que fortalecerá ese mundo simbólico y, por consiguiente, al grupo armado. Esto es debido a las dificultades que este tipo de organizaciones tienen para acceder a otros “medios” de socialización o de “creación” de simbología: medios de comunicación, selecciones nacionales de fútbol, sistemas educativos, servicios militares

¹⁹ J.M. Mata, *El nacionalismo...*, p.139.

²⁰ C. Geertz, <<Religion...>>, p. 131, tomado de José Manuel Mata, *El nacionalismo...*, p. 73.

obligatorios,... Los ritos centran las funciones de socializar, alentar el sentimiento de pertenencia, crean solidaridad interna, definen las fronteras grupales, fortalecen la aceptación de la posición armada del grupo,... El ritual responde a la necesidad del grupo de crear un sustento social que apoye sus fines, su causa revolucionaria.

Lo que cualquier individuo recibe es producto de los esquemas interpretativos –mentales- que poseemos y de los sentimientos producidos por el contexto social en que nos situamos. En el caso de las organizaciones armadas –como otros organismos sociales, aunque en este caso con mayor intensidad- necesitan seleccionar la percepción de sus miembros; para ello, elabora unos sistemas de conocimiento esquematizados y abstractos, que se caracterizan por su esencialismo. Este proceso es particularmente importante para guiar las percepciones de los militantes y sostener la interpretación específica de la realidad social y política que tiene la organización armada, para legitimar sus acciones armadas y dar coherencia a sus propuestas. La visión propuesta por el grupo revolucionario se basa, generalmente, en una “sobredramatización de las visiones de la realidad”, que busca una fuerte adhesión afectiva a la causa y al grupo que lo representa, en su caso ETA, ELN,... con ello, por ejemplo, en los funerales de los compañeros caídos por la causa se sobredimensionan los sentimientos de dolor del grupo buscando fortalecer la percepción del enemigo como agente represor y consiguiendo justificar las acciones propias y reforzar el consenso interno. En este caso el ritual, no sólo, legitima la visión propia, también llama a la acción, a la participación para demostrar la fuerza de la organización –los llamamientos a la venganza del compañero,...-. Estos rituales sirven para profundizar en la creencia de la deslegitimación del sistema político vigente y “demuestran” la vigencia de la causa, de la lucha armada,... alimentando las disputas sociales e incrementando el conflicto; y fortalecen la visión dicotómica de la sociedad: los que están “con nosotros” y los que están “contra nosotros”. En definitiva, todas estas acciones buscan una “rentabilidad funcional”.

Pero hay otras facetas de la muerte y de su escenificación en otros aspectos de las organizaciones, en especial, en sus acciones armadas, como recuerda G. Sánchez para el periodo de La Violencia pero que es extensible en muchos casos hasta la actualidad:

“Hay unos rituales del terror, una liturgia y una solemnización de la muerte, que implican un aprendizaje de las artes de hacer sufrir. No sólo se mata sino que el cómo se mata obedece también a una lógica siniestra, a un cálculo del dolor y del terror. El despojo, la mutilación y la profanación de los cuerpos son una prolongación de la empresa de conquista, pillaje y devastación del territorio enemigo. Los cuerpos mutilados, desollados o incinerados parecerían inscribirse en el orden mental de la tierra arrasada. Hay un despliegue ceremonial del suplicio, expresado a veces en actos de estudiada perversión como el cercenamiento de la lengua (la palabra del otro), la eventración de mujeres embarazadas (eliminación de la posibilidad de reproducción física del otro), la crucifixión, la castración y muchos otros, dirigidos no sólo a la eliminación de los 200.000 muertos o más del período, sino, adicionalmente, a dejar una marca indeleble en los millones de colombianos que quedaban. También importa entonces saber cómo se transmite el mensaje de intimidación y cómo se disponen los elementos del mensaje, cómo se construye el escenario de terror. Si los muertos se dejan amontonados o esparcidos en toda una vereda, por ejemplo. A veces el mensaje es eficaz porque choca a primera vista; otras logra su eficacia precisamente en la medida en que resulte indescifrable. El escenario del terror debe ser, por otra parte, visible. Por eso hay ciertas preferencias espaciales: el cruce de caminos, el paso de los ríos, los montículos reconocidos en la región o el vecindario. El dolor en estas circunstancias no puede ser íntimo, tiene que ser aleccionador”²¹.

Todo este mundo de simbología en torno a la muerte es compartido por muchas organizaciones armadas, así la muerte de un destacado miembro del Ejército Popular de Liberación, EPL, es descrita de la siguiente manera: “El comandante Alejandro, uno de los hombres más buscados por los distintos

²¹ G. Sánchez, <<Guerra y política en la sociedad colombiana>>, en *Análisis Político*, n° 11, Sept-Dic., 1990, pp. 15-16. Un estudio fundamental para seguir estas ideas en María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar*, Cinep, Bogotá, 1990. Como recuerda la autora en la página 167: “A las víctimas generalmente se las mataba de un tiro, el cual producía la muerte biológica por anemia aguda. Acto seguido se las contramataba decapitándolas, para terminar rematándolas, efectuándole al cadáver una serie de cortes “post-mortem” que terminaban por desmembrar el cuerpo”. Por su puesto, esta “filosofía” de la muerte continua en Colombia, con las famosas disecciones de cuerpos con motosierra...

organismos de seguridad del Estado y a su vez uno de los mejores dirigentes políticos del PC (m-l) y del EPL, fue quien se enfrentó solo contra más de 600 soldados en la ciudad de Cali y después de gritar “Viva la revolución” una ráfaga del ejército oficial hizo blanco en su cuerpo silenciando su voz y su ametralladora”²². En el caso de ETA, Begoña Aretxaga²³ ha realizado un espléndido estudio en torno a la puesta en escena de la muerte como forma de fortalecer las solidaridades internas dentro del grupo y donde el cadáver del militante de la organización armada es envuelto en una escenografía y parafernalia con las “ikurriñas”²⁴ y los símbolos de la organización —que en muchos aspectos recuerdan las marchas fascistas— creando un ambiente especial lleno de simbolismo, donde el hombre muerto es el “gudari”, el luchador, el héroe que ha estado dispuesto a darlo todo por la causa, la patria y la revolución. ETA en este imaginario social es la representación del necesario “regeneracionismo nacionalista”, es el “contraejército” guardián de la noble causa; sus miembros son revestidos de una aureola de ubicuidad de la clandestinidad, son los mártires o los “santos justicieros” del pueblo, portadores de la “pureza” de la causa.

Este mundo simbólico ayuda a fortalecer la conciencia de grupo, refuerza la pertenencia al mismo y reafirma sus motivaciones; podríamos afirmar que este tipo de organizaciones instrumentaliza la muerte como forma de asegurar la perdurabilidad del grupo. Todo ello lleva a percibir la realidad como una “guerra imaginaria” —que puede sobredimensionar el conflicto real— del individuo y del grupo contra un enemigo común, que se identifica, habitualmente, con el Estado o las fuerzas de seguridad. La muerte de un compañero, y más cuando es en un enfrentamiento con el enemigo, refuerza la conciencia de que la lucha “justa”, permite justificar las acciones propias; y, en definitiva, aleja la solución del problema porque fortalece la conciencia del grupo y corta los lazos con el resto de la sociedad, dado el carácter clandestino de la organización. Ello permite desarrollar a los miembros del grupo y a su órbita una “especial” visión histórica y de la realidad social que los separa de la percepción de la mayoría de la sociedad.

²² Fabiola Calvo, *Colombia: EPL*, p. 110.

²³ Begoña Aretxaga, *Los funerales en el nacionalismo radical vasco*, La Primitiva Casa Baroja, San Sebastián, 1988.

²⁴ Ikurriña es el nombre en euskera de la bandera de Euskadi/País Vasco, sobre un fondo rojo se superpone una aspa de color verde y encima de ésta una cruz blanca. La ikurriña representaría la bóveda celeste, con sus ocho rayos que señalan los ocho puntos cardinales. Sobre la significación es destacado el reflejo de la cruz blanca sobre el aspa verde y el fondo rojo que indicaría la supremacía de la religión sobre otras significaciones.

Se conforma el “pensamiento de grupo” que introduce al individuo dentro de la identidad de la organización y lo “aisla” del entorno —un caso similar a los procesos seguidos por los individuos que ingresan en sectas, donde la conciencia del hombre/mujer está supeditada al pensamiento común—. Jerrold M. Post²⁵ ha estudiado estos factores psicológicos en los grupos terroristas, encontrando cuatro elementos que los caracterizan:

1) la creencia en la invulnerabilidad del grupo, que lleva a que sus miembros cometan excesivos riesgos. Existen muchos ejemplos de esta actitud, por ejemplo, un dirigente del EPL recuerda que: “Esto nos costó muchas vidas, en ocasiones pérdidas por una falta modestia y más aún contribuyó a mitificar lo que es realmente la guerrilla, de creer que la vinculación a ella era un acto heroico, como algunos decían: “la guerrilla es para quienes están dispuestos a irse a buscar la muerte”²⁶;

2) intolerancia ante el cuestionamiento de ese “pensamiento común” que caracteriza al grupo. El tratamiento que los grupos armados han dado, a lo largo de su historia, a la disidencia interna es ejemplificador de la actitud intolerante y de falta de democracia interna de estas organizaciones;

3) sobremoralización de todo lo que rodea al grupo. Aquí podemos apuntar desde las actitudes ascetas requeridas, muchas veces, al combatiente, hasta las actitudes frente a narcotraficantes, pederastas, el incesto, la poligamia,... En los territorios donde estas organizaciones armadas tienen mayor control, puede llegar la situación a identificar como potencialmente peligroso/a a toda persona que quebrante las normas del lugar, como afirma Marianne Heiberg²⁷ para ETA, se encuentran muchos paralelismos entre las acusaciones de “chivato”, confidente,... con los procesos de “caza de brujas” que han caracterizado la historia en otros periodos.

²⁵ Jerrold M. Post, <<Psicología terrorista: el comportamiento terrorista como producto de fuerzas psicológicas>>, en W. Reich, *Orígenes del terrorismo. Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ediciones Pomares Corredor, Barcelona, 1994.

²⁶ Fabiola Calvo, *Colombia:...*, p. 128.

²⁷ Marianne Heiberg, *La formación de la nación vasca*, Arias Montano, Madrid, 1991, pp.207-208.

Sobran los ejemplos tanto en el ELN como en ETA de esta dimensión moral, baste el siguiente como muestra, se refiere a la conducta desviada de un miembro del ELN, del Frente Domingo Laín²⁸:

“... La comisión se ve obligada a apresarlo, se levanta un juicio cuyo resultado es el ajusticiamiento por los delitos contra el pueblo, despilfarrar medios de la organización, por degeneración y por constituirse en este momento de nuestro incipiente desarrollo en un peligro para nuestro futuro trabajo de construcción de una columna guerrillera del ELN. Cabe anotar que los delitos contra el pueblo están enmarcados dentro de la inmoralidad con la prostitución de su hogar y de las compañeras campesinas: además incentivando a compañeras de base para que sigan este proceso de deformación de la moralidad revolucionaria, los escándalos públicos dando una imagen totalmente deformada de los comportamientos y actitudes de la Organización”²⁹.

Esta narración no sólo hace hincapié en la moralización del entorno guerrillero, también deja entrever elementos patriarcales de esa moral: la protección de la mujer,... Dos ciudadanas de Málaga (Colombia) nos relatan, el asesinato del peluquero del pueblo: “el peluquero era homosexual y mantenía relaciones con otros hombres de la localidad, también se decía que daba dinero a niños jóvenes para que tuviesen relaciones con él. La guerrilla le advirtió una vez pero él no creyó las amenazas. Un día estaba cortando el pelo en su local cuando entró un hombre armado y le disparó delante de todo el mundo”³⁰.

4) percepción unidimensional del enemigo como “el mal”. Jon Juaristi afirma que la “diabolización” del Estado, de las fuerzas de seguridad y, en periodos, más reciente, de la oposición política no nacionalista en Euskadi; ha eximido a ETA de “la necesidad de justificar moralmente sus acciones”³¹. La identificación de estos grupos de la población con la “txakurra”³² lleva a

²⁸ Frente del ELN que lleva el nombre de uno de los curas españoles que se incorpora a la organización a finales de los años sesenta. Domingo Laín Sanz nació en Paniza, en la provincia de Zaragoza (España) ingresó en el ELN en octubre de 1969 y murió en febrero de 1973.

²⁹ *Primera edición de la historia del Frente Domingo Laín Saenz*, documento mimeografiado, pp. 75-76. Los subrayados son nuestros.

³⁰ Entrevista realizada en Abril de 1998 en Bucaramanga (Colombia).

³¹ Juan Aranzadi, Jon Juaristi, Patxo Unzueta, *Auto de terminación*, El País-Agular, Madrid, 1994, p. 194.

³² Txakurra es perro en euskera.

que en el mundo simbólico del entorno etarra se justifique, se disculpe o tolere las acciones armadas de ETA contra ellos, hasta el extremo de legitimar de forma ético-política el asesinato, por ser reflejo de esa lucha armada de la “causa justa del pueblo vasco”. Se puede llegar al extremo muchas veces de otorgarle a las víctimas funciones imaginarias que justifiquen su asesinato, la identificación con torturadores, el asesinato de una persona como forma de parar la construcción de una carretera, una central nuclear o como “mensaje” a los empresarios o terratenientes para que paguen el impuesto revolucionario o “vacuna”,... Estos comportamientos buscan la deshumanización del enemigo como forma de autojustificación de sus acciones armadas, terroristas,... y ayudan a incrementar la deshumanización y radicalización del conflicto. Ehud Sprinzak³³ ha estudiado la identificación lingüística y simbólica que busca la deslegitimación del enemigo como forma de justificación de las acciones propias.

Son elocuentes las palabras recogidas en uno de los documentos-base de ETA, el texto *Vasconia* de Krutwig, el “catecismo político” de la organización en sus primeros años:

“No se deberá dejar nunca lugar a dudas de que todo policía o militar enemigo es un objetivo de nuestra actividad guerrera. Los policías que hasta hoy han torturado a los detenidos vascos deberán ser pasados por las armas o degollados. En estos casos es recomendable, siempre que se pueda, emplear el degüello de estos entes infrahumanos. No se debe tener para ellos otro sentimiento que el que se posee frente a las plagas que hay que exterminar. Cuando ello no represente ningún peligro para el guerrillero, estos torturadores deberán ser eliminados por medio de tortura. Si las fuerzas de ocupación siguieren con sus medidas de tortura no se deberá nunca dudar en el empleo del retalión, exterminar a los familiares de los torturadores y a los agentes de la autoridad civil y militar.”³⁴

³³ Ehud Sprinzak, <<La formación psicopolítica del terrorismo de extrema izquierda en una democracia: el caso de los Weathermen>>, en Walter Reich, *Orígenes del terrorismo*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1994.

³⁴ El libro fue publicado con el seudónimo de Fernando Sarraih de Ihartz, *Vasconia*, Norbait, Buenos Aires, 1963, p. 339.

La máxima de que <<la violencia engendra violencia>> se constata tanto en el plano de la realidad como en el simbólico, la violencia se convierte en principio y final del círculo de la construcción del universo simbólico de estas organizaciones. Como apunta M. Heiberg: “la violencia de Eta ha llegado a convertirse en un imperativo ritual sirviendo a las funciones de autoafirmación, legitimación y mantenimiento del grupo. En este sentido, la violencia da confianza y realidad a una causa que es básicamente remota e intangible. La violencia ha llegado a ser como un sacramento inmolatorio a través del cual se le proporciona sustancia a <<la causa>>, fuente de carisma y legitimidad de ETA. La violencia engendra mártires y los mártires demandan lealtad y venganza. Como una guerra de desgaste, la violencia de ETA ha llegado a autoreproducirse y autojustificarse”³⁵.

El mundo simbólico irradia todo el entorno del grupo armado, desde la búsqueda de atmósferas arquetípicas, la “invención” de la historia en pos de un pasado idílico del pueblo, perdido por culpa del enemigo; o los rituales de iniciación de los nuevos miembros, los momentos anteriores a la lucha,... Los rituales de las últimas instrucciones antes de comenzar una misión, han sido estudiados por Ariel Merari³⁶ para el caso palestino, pero es extrapolable a otros grupos armados: el adoctrinamiento, la mentalización,... todo orientado a persuadir la voluntad del individuo ante el cumplimiento de su “misión” —y es un concepto a destacar por sus vinculaciones religiosas—. Es un momento especial, rodeado de gran significación, el abrazo del compañero, la comprobación del arma,... Otro elemento de mitificación, tanto en ELN como ETA, ha sido el mundo rural, el campesinado, la aldea,... este espacio para estas organizaciones constituye el lugar depositario de la esencia de un mundo simbólico, de identidades arquetípicas milenarias,... los lazos con la tierra, con el caserío o “baserri”,...; elemento comprensible en regiones de Colombia donde su característica principal sería su ruralización como zonas de frontera agrícola, donde la guerrilla tiene un carácter rural indiscutible; pero, desconcertante en el caso de ETA, una organización de naturaleza urbana³⁷. En la sociedad vasca de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, caracterizada por un proceso rápido de industrialización,

³⁵ Marianne Heiberg, *La formación...*, pp. 27-46.

³⁶ Ariel Merari, <<Disposición para matar y morir: terrorismo suicida en Oriente Próximo>>, en W. Reich, *Orígenes del terrorismo. Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ed. Pomares Corredor, Barcelona, 1994.

³⁷ Sobre la simbología social, cultural,... en ETA consultar la obra de Joseba Zulaika, *Violencia vasca. Metáfora y sacramento*, Ediciones Nerea, Madrid, 1988.

urbanización,... parece paradójico que los primeros ideólogos de ETA – Krutwig, Mirande,...- construyan una historia del pueblo vasco basada en un mundo de “campesinos guerreros libres” que serviría para justificar el uso de la violencia a través de una tradición de lucha que enlazaría esos primeros “luchadores por la libertad” con los gudarís o héroes de ETA, pasando por las luchas de los carlistas o la resistencia al golpe de Estado de Franco en 1936. Esta sociedad utopía nacionalsocialista y vasca, sería el pueblo del “comunismo primitivo”, representaría una verdadera “caballería de labradores” que se enfrentan a las constantes invasiones de otros pueblos, fundamentalmente llegados de Castilla. Estos labradores-soldados tendrían una sociedad igualitaria, democrática donde las decisiones serían tomadas en grandes asambleas populares; la organización etarra abogaría por recuperar la esencia de este “Pueblo Vasco” perdida por la “contaminación”, por la “invasión” de otros pueblos y razas. Los ideólogos de ETA intentan conectar su “lucha armada revolucionaria” con la tradición mítica de lucha del pueblo vasco; tienen el deseo de monopolizar el “acumulado simbólico” del nacionalismo vasco, arrebatándoselo al Partido Nacionalista Vasco, PNV, partido que tradicionalmente había sido el depositario de este “universo simbólico”.

La importancia de todo este mundo simbólico, de los imaginarios sociales construido por, y para la organización y su entorno de influencia, para la creación del proyecto y consolidación del grupo, lo podemos rastrear a través de un ejemplo significativo. La conciencia de grupo se ha construido en ETA como enfrentamiento a un enemigo “exterior”, el Estado “invasor” y sobre las acciones de la organización, sus consecuencias, la muerte de compañeros,... En este ideario tienen especial importancia las primeras acciones de ETA que están cargadas de todo el simbolismo que caracterizará el posterior desarrollo de la organización. La primera muerte “oficial” de ETA sería el asesinato del guardia civil José Pardines, representado en el ideario nacionalista como un torturador sanguinario. Anteriormente, ETA protagonizó otros actos violentos llenos de simbología, como el intento de descarrilamiento de un tren el 18 de Julio de 1961, que transportaba excombatientes del bando nacional de la guerra civil para celebrar en Madrid el aniversario de la victoria fascista. Otros actos comenzaron en 1959, con la colocación de tres bombas en lugares llenos de simbología: el Gobierno Civil de Alava, como representante del poder central de Madrid contra el que se lucha; el diario del Movimiento <<Alerta>> como representante del fascismo vencedor en la guerra civil; y, por último, en una comisaría de

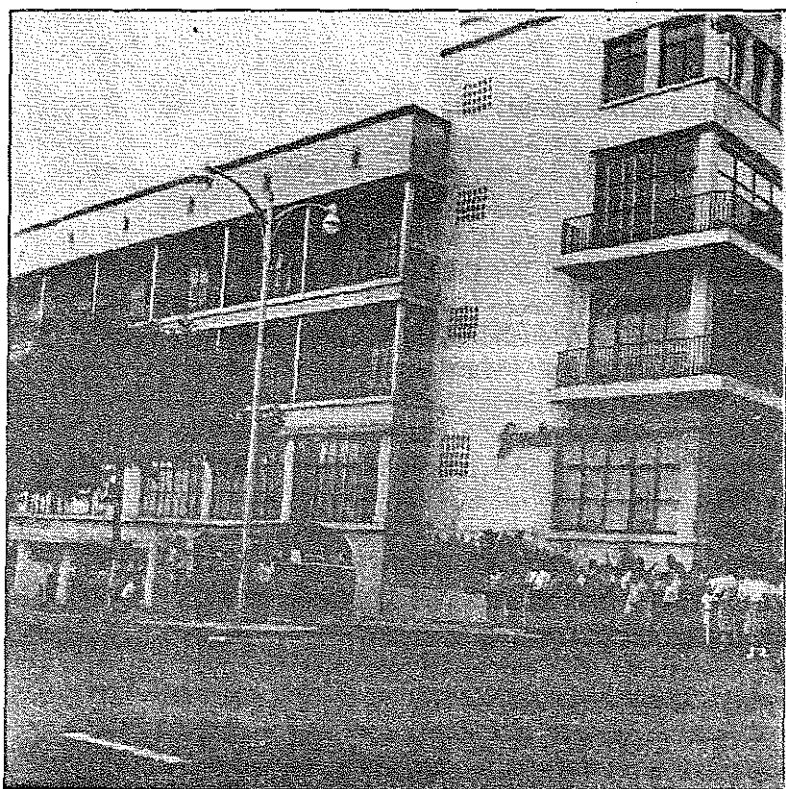
policía de Bilbao como representación de los organismos armados encargados de la represión del pueblo vasco. Imaginen el peso que estas acciones contra los representantes simbólicos y reales de la opresión del pueblo pueden tener para construir un imaginario de ETA como la organización armada que vela por la libertad de los vascos. Pero la realidad, es bien diferente –por eso hablaba anteriormente, de la “construcción de ese imaginario social”-; la primera víctima mortal de ETA fue una niña de un año y medio, Begoña Urroz Ibarrola, asesinada el 27 de junio de 1960 en la estación de Amara – San Sebastián- cuando hizo explosión una bomba. El terrible asesinato no fue reconocido por la organización, pero recientemente publicaciones muy cercanas a ella, han reconocido que ETA puso esa bomba pero borran de la historia el “daño colateral” de la muerte de la niña³⁸. Qué distinto es construir un imaginario social que ayuda a la consolidación del grupo armado sobre la muerte de un torturador, que sobre el asesinato de una niña de un año y medio.

Consideración final

Las organizaciones armadas se expresan colectivamente a través de actos rituales cargados de una enorme significación y una funcionalidad específica para el grupo. Esta “utilización ritual del espacio público” tiene una importancia especial para estas organizaciones porque dotan de cohesión al colectivo y plasman un sentimiento de solidaridad grupal entre los militantes. Los rituales surgen como una necesidad de reproducción de las premisas y creencias del grupo, son una rememoración que da legitimidad a la lógica colectiva, a la causa revolucionaria y es esencial para hacer visible –al interior y exterior del grupo- la permanencia de una problemática política y social específica que se intenta resaltar y que se conecta con un contexto histórico concreto. Con todo ello, se consigue crear un modelo interpretativo común de la realidad social para todos los miembros, un sustrato que se realimenta y fortalece gracias a los rituales simbólicos de la organización. Se forma una “centralidad simbólica” ostentadora de la pureza de la causa, convirtiendo a

³⁸ Sobre este crucial debate se puede consultar: Luis C. Núñez (Coordinador), *Euskadi eta Askatasuna. Euskal Herria y la libertad*, Editorial Txalaparta, Tafalla, 1994, vol. I, pp. 211 y ss.; José A. Pagola, *Una ética para la paz. Los obispos del País Vasco 1968-1992*, Idatz, San Sebastián, 1992, p. 20; Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, Ed. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998, p. 221.

ELN o ETA en el reducto irredentista de la revolución; creando la percepción de una sociedad polarizada al extremo, donde sus miembros se dividen en dos categorías inflexibles: “con nosotros” o “contra nosotros”. La legitimación de la lucha se basa en rememorar los contextos sobredramatizados donde el “enemigo” actúa como fuerza represora, antidemocrática,... con lo que se justifica el uso de la violencia como método de lucha política. Así los ritos y acciones de la organización se presentarán como demostración de que el “pueblo” rechaza el sistema político impuesto.



Bucaramanga, Santander . Perteneciente al C.D.I.H.R. Universidad Industrial de Santander.